

CONFLICTOS
AGRARIOS EN LA
ARGENTINA

Colección Historia Argentina

CONFLICTOS AGRARIOS EN LA ARGENTINA

El Proceso Liguista
(1970-1976)

Jorge Próspero Roze

Ediciones 

Roze, Jorge Próspero

Conflictos agrarios en la Argentina : el proceso liguista . - 1a ed. - Buenos Aires : RyR, 2011.

302 p. ; 17x12 cm.

ISBN 978-987-1421-54-1

1. Economía Agraria. 2. Conflictos. I. Título
CDD 338.1

©CEICS-Ediciones ryr, 2011, Buenos Aires, Argentina
Queda hecho el depósito que marca la ley 11723
Printed in Argentina- Impreso en Argentina

Se terminó de imprimir en Pavón 1625, C.P. 1870.
Avellaneda, provincia de Buenos Aires, Argentina.
Primera edición: Ediciones ryr, Buenos Aires, noviembre de 2011
Responsable editorial: Agustina Desalvo
Diseño de tapa: Sebastián Cominiello
Diseño de interior: Tamara Seiffer
www.razonyrevolucion.org.ar
editorial@razonyrevolucion.org.ar

La tierra tiembla

Los conflictos agrarios en los años '70

Gonzalo Sanz Cerbino

El autor

Jorge Próspero Roze se recibió de Arquitecto en la Universidad Nacional del Nordeste en 1972. Sin embargo, su carrera profesional no transitó por los caminos habituales que deparaba su título de grado. Su formación de postgrado se orientó hacia el estudio social, desarrollando desde entonces investigaciones en este campo. En 1976 finalizó un Master en Sociología Rural en CLACSO. Inició con su tesis de maestría la investigación sobre las Ligas Agrarias que presentamos en esta edición, que luego completó en CICSO, dirigido por Beba Balvé y Juan Carlos Marín. Allí se desempeñó como investigador entre 1977 y 1985. Más recientemente, en la década del '90, completó el doctorado en Antropología Social en la UBA. Desde 1989 se desempeña como Investigador Independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

También desde los '90 ocupa el cargo de Profesor Titular de la Cátedra de Sociología Urbana en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad del Nordeste, y se desempeña como Profesor Residente del Postgrado en Antropología Social en la Universidad Nacional de Misiones. Fundó el Instituto de Estudios

Ambientales y Sociales (IdEAS), que nuclea varios programas de investigación, difusión del conocimiento y tareas de acción social en el norte argentino. Una de las iniciativas que surgieron de allí fue el Programa de Historia y Memoria Social (POHIMES), dirigido por Roze, inscripto en la Universidad de Misiones y desarrollado en el Chaco en convenio con la Fundación IdEAS y la regional local de H.I.J.O.S. Este programa desarrolla investigaciones relacionadas con el accionar represivo del Estado en la región nordeste. Entre sus informes se destaca la recopilación de historias de vida de los militantes asesinados en la Masacre de Margarita Belén.

Entre 1968 y 1971 militó en la Agrupación Reformista de Arquitectura (ARDA) en la Universidad del Nordeste, y fue responsable universitario del Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN). Tuvo una activa participación en el proceso de movilización estudiantil de 1969 en Chaco, que irradió la protesta universitaria por todo el país y terminó desatando el Cordobazo. Participó de la fundación del Frente de Izquierda Popular (FIP) en 1971, pero rápidamente se alejó por diferencias con la dirección abiertamente reformista. No volvió a militar orgánicamente, orientando sus preocupaciones en el ámbito de la investigación social. Sin embargo, fue víctima de la persecución política: en 1975 el ministro Ivanisevich lo echó de la Universidad del Comahue y en 1976 el Proceso lo dejó afuera de la Universidad del Nordeste.

A lo largo de su carrera como investigador ha abordado distintos temas, siempre vinculados a las condiciones de vida y las luchas en medios rurales y urbanos de la región nordeste del país. Se ocupó de estudiar las transformaciones socio-productivas y la estructura social en la región, y desarrolló también trabajos sobre las inundaciones, las condiciones de vivienda, el trabajo infantil y los chicos de la calle. Además de numerosos artículos, informes y ponencias, es autor, coautor o compilador de varios libros, entre los que se destacan *Lucha de clases en el Chaco Contemporáneo* (Librería de la Paz-Fundación IdEAS, 2007); *Inundaciones recurrentes: ríos*

que crecen, identidades que emergen (Ediciones Al Margen, 2003); y *Fracciones agrarias y vivienda rural en Misiones*, en coautoría con Leonardo Vacarezza (Editorial Universitaria-Universidad Nacional de Misiones, 1995).

Las Ligas Agrarias

El tema que aborda este libro, la conflictividad agraria en el nordeste argentino en la década del '70 y el surgimiento de las Ligas Agrarias, no ha tenido un desarrollo historiográfico acorde a su importancia. Además del libro que el lector tiene entre sus manos, sólo existe un trabajo previo, de Francisco Ferrara (*Qué son las Ligas Agrarias*, Siglo XXI, 1973), al que volveremos recurrentemente, por los debates que abrió, retomados en el trabajo de Roze. Posteriormente, el tema no despertó la curiosidad de los científicos sociales a pesar de la proliferación de trabajos sobre temas agrarios en el país. Constituye una excepción la investigación de Guido Galafassi, sobre la que también volveremos en estas páginas.

Como veremos, este libro aporta elementos importantes a debates que trascienden el tema en sí mismo. Por un lado, permite discutir el proceso revolucionario que surcó la década del '70 en la Argentina, desde un ángulo novedoso y poco estudiado: la lucha de clases en el agro extrapampeano. Por otro lado, brinda elementos al debate sobre la existencia de campesinos en el nordeste argentino, tanto en el período abordado por este libro, como en la actualidad. A su vez, reconstruye las formas de organización y las luchas de las fracciones del proletariado y de la pequeña burguesía de la región, útil a la hora de pensar movimientos como el MOCASE (Movimiento Campesino de Santiago del Estero), tan en boga actualmente.

Concentración y centralización en el origen de las Ligas

El surgimiento de las Ligas Agrarias está íntimamente vinculado a una serie de transformaciones productivas que afectaron al agro argentino en la década de 1960, y que incidieron fuertemente en la actividad y en la estructura de las provincias en que su acción fue más profunda: Chaco, Formosa y Misiones.

En Chaco y Formosa las transformaciones fueron, en buena medida, el resultado de la crisis de la producción algodonera. Diversos factores se conjugaron ocasionando una fuerte caída en los precios del producto, que trastocaron la estructura agraria. En primer lugar, el período de expansión del cultivo de comienzos de los '60 terminó derivando en una crisis de sobreproducción, con una oferta de fibra que resultaba de un 30 a 40% superior a la demanda. Por otro lado, la difusión de los tejidos sintéticos comenzó a desplazar al algodón, que no podía competir por sus costos. Y finalmente, la baja calidad dificultaba la colocación en los mercados externos. Los tres factores operaron para desatar la crisis, que se manifestó con una abrupta caída de los precios y la quiebra de gran cantidad de pequeños productores. Para afrontar la crisis la actividad se mecanizó y se concentró, y se produjo una reconversión productiva hacia actividades de origen pampeano: ganadería bovina y, posteriormente, cultivo de soja. La crisis se manifestó fundamentalmente en la expulsión de población y la urbanización: en Chaco, la población rural disminuyó un 25% entre 1947 y 1970.

La región algodonera (que incluía el norte de Santa Fe), presentaba diferencias estructurales, por lo que la crisis no golpeó en todos lados de la misma manera. En el norte santafesino primaban los productores más grandes, que explotaban mano de obra asalariada, estacional y permanente, y diversificaban su producción con graníferas. En el Chaco el mayor peso lo tenían los productores medios, con menor cantidad de hectáreas y menor necesidad de recurrir a mano de obra asalariada, que utilizaban sólo para tareas

estacionales. En ambos casos, estamos frente a diferentes capas de la burguesía rural. Finalmente, tenemos el caso de Formosa, con una preeminencia de las explotaciones más chicas, en manos de un semiproletariado (obreros que complementan sus ingresos con la explotación de pequeñas parcelas) o de productores de subsistencia (pequeña burguesía no explotadora o asalariados con tierra), siempre al borde de la expropiación y la proletarización. Aquí resultó más significativa la expulsión de los productores, y por lo tanto, la lucha para impedirlo. En el caso de los productores medianos y grandes de las otras provincias, la crisis se manifestó mayormente como imposibilidad de capitalización y endeudamiento, sobrevolando sobre ellos también el fantasma de la proletarización.

Las Ligas Agrarias Chaqueñas fueron de las primeras en organizarse, y colocaron su eje en la defensa del precio del algodón y el enfrentamiento con las estructuras de comercialización (los “monopolios”). La Unión de las Ligas Campesinas Formoseñas tuvo un peso mayor de semiproletarios y productores de subsistencia, muchos de ellos asentados de forma precaria sobre tierras fiscales, que enfrentaban presiones para su expulsión por la expansión de la actividad ganadera desplazada de la Región Pampeana por la “agriculturización”. En este caso, a los reclamos tradicionales respecto a la regulación estatal de los precios o la denuncia de las estructuras de comercialización, se agregó el reclamo de tierras o la denuncia de las expulsiones, y los llevó a acciones cualitativamente distintas, como la toma de terrenos en reclamo por su adjudicación. Una actuación menos virulenta se observaba en la Unión de Ligas Agrarias de Santa Fe. Esto puede explicarse fácilmente por las capas que la integran: se trataba de productores de mayores recursos, con propiedades de unas 80 ha. en promedio, muy superiores a las 15 ha. de los productores formoseños, o las de sus pares chaqueños. Estas capas de la burguesía algodonera, con más resto, pudieron sortear la crisis diversificándose hacia otros cultivos.

En Misiones la lucha estuvo vinculada a las recurrentes crisis de la producción yerbatera. Al igual que casi todos los cultivos regionales, la producción de yerba mate se encontraba regulada por el Estado, que intervenía para mantener precios y limitar la producción, buscando evitar la crisis de sobreproducción. Esta situación mantuvo a una serie de pequeños productores, escasamente mecanizados y fuertemente ineficientes, siempre amenazados por los procesos de concentración y centralización latentes. A pesar de la intervención estatal, la producción entró regularmente en crisis durante estas décadas. Una de las más importantes se extendió desde comienzos de los '60, y llevó a tomar medidas drásticas como la limitación de las cosechas de 1964 y 1965, y la inédita prohibición de la zafra de 1966. También fueron fuertemente limitadas las cosechas de 1969 y 1971, tras lo cual se encauzó la oferta, logrando la disminución gradual de las restricciones entre 1972 y 1976. La crisis de sobreproducción, y la diversificación hacia otros cultivos regionales de alto rendimiento (té, tung), fue acompañada de una serie de transformaciones estructurales que empujaron a ciertas capas de la pequeña burguesía y la burguesía media de la región a un proceso de movilización del que surgió el Movimiento Agrario Misionero (MAM). La tendencia se orientó hacia la progresiva eliminación de la pequeña explotación y la concentración de la producción en mano de empresas integradas. La resistencia contra esta tendencia se manifestó en una permanente diversificación hacia productos de altos rendimientos por hectáreas y a un uso intensivo de la pequeña explotación. A pesar de estos intentos, muchos pequeños productores desaparecieron, y como contracara, aumentó la superficie de los más grandes. Sin embargo, el elemento central del MAM no fue la lucha contra la proletarianización, sino la movilización de los productores medios y grandes para defender los precios, exigir créditos y evitar la descapitalización.

En síntesis, las Ligas Agrarias agruparon a un espectro bastante grande de clases, capas y fracciones, desde semiproletarios y

pequeño burgueses expulsados de sus campos a burguesía agraria mediana y grande. Todos se vieron afectados de distinta manera por un mismo proceso: la crisis de sobreproducción y la caída de precios de los cultivos comerciales de alto rendimiento, que llevó a un proceso de concentración y centralización, con expulsión de las capas más débiles del entramado productivo. En estos casos la crisis se manifestó como proletarización, y en las capas medias como imposibilidad de capitalización, endeudamiento, reconversión o expulsión de los hijos hacia las ciudades. Esta heterogeneidad dio lugar a múltiples líneas de intervención, que fueron de la demanda de tierras y la resistencia a los desalojos, allí donde primaron las capas más débiles, a demandas por mejores precios, regulación estatal, créditos y apoyo, en donde primaron las capas medias y grandes.

¿Campesinos?

Los estudios sobre las Ligas Agrarias han estado surcados por un debate académico y político muy en boga en los '70: la existencia del campesinado y su importancia en tanto elemento central de la alianza revolucionaria junto a la clase obrera. La impronta de la “guerrilla campesina” maoísta y vietnamita, y la influencia local del estalinismo, colocaron al campesinado en ese lugar. La caracterización de la Argentina como un país semi-colonial y dependiente, con resabios feudales que encontraban su mayor expresión en la estructura agraria, orientaron estudios y estrategias políticas en función de la conquista de la “santa alianza” revolucionaria: obreros y campesinos. La impronta fue tan fuerte que trascendió los límites de los partidos alineados con Moscú o Pekín, y hasta un partido de origen trotskista como el PRT se abocó a organizar “guerrillas campesinas” en el norte del país. Ni hablar de la izquierda peronista, en particular Montoneros, con una presencia importante como organizadores de las Ligas Agrarias.

El trabajo pionero de Francisco Ferrara compró acríticamente esta interpretación, viendo en las Ligas Agrarias la irrupción del campesinado pobre y medio, “lanzado definitivamente al combate revolucionario”. Sin un esfuerzo por caracterizar científicamente su composición social y repitiendo lo que decían de sí mismos los dirigentes de estas organizaciones, Ferrara abandona su rol como científico social. En el libro que aquí presentamos, Jorge Roze realizó un esfuerzo para avanzar en una caracterización social de los elementos que componían las Ligas. Discutiendo con Ferrara su homogeneidad interna, destacó su heterogeneidad y detectó un amplio espectro de sujetos que se expresaba a través de las Ligas, desde semiproletarios hasta burguesía rural media, pasando por la pequeña burguesía. Esta heterogeneidad se reflejó en las acciones que emprendieron, en los grados de combatividad y en el surgimiento de enfrentamientos internos.

A pesar de este esfuerzo conceptual, que permite echar luz sobre los procesos que investiga, pareciera que tampoco Roze puede escapar a la presión campesinista, obligándose a introducir al “campesino” aquí y allá para designar lo mismo que en otros lugares llama pequeña burguesía o burguesía. Haciendo esta concesión innecesaria, oscurece más que aclara. Lo mismo sucede con los trabajos de Guido Galafassi, que a pesar de coincidir con Roze en la heterogénea composición social de las Ligas, recurre también a la categoría de campesinos (pobres, medios o ricos) para dar cuenta de ella.

Conviene entonces detenerse en algunas cuestiones. En primer lugar, qué es el campesinado, para pasar luego a analizar la posibilidad de su existencia, en particular en la Argentina, y por último, qué se esconde detrás de los programas campesinistas. Campesino es una categoría que solamente puede entenderse en el marco de relaciones no capitalistas. Excluyendo la posibilidad de dependencias personales, la propiedad de la tierra que trabaja transforma al campesino en un propietario de medios de producción. Alguien que no es explotado y que se apropia de su propio trabajo o del

trabajo ajeno, es decir, un pequeño burgués. Cómo tal, se ve afectado por las mismas tendencias que la pequeña burguesía urbana: al ser la capa más débil de la burguesía, la concentración y centralización del capital la expulsan hacia el proletariado. Sin embargo, la ideología campesinista pretende encontrar en el mar capitalista un sujeto compuesto de “agricultores familiares”, dedicados a la autosubsistencia y participante de relaciones de reciprocidad en una comunidad de iguales. A eso llaman campesinos. Partiendo del concepto en lugar de partir de los hechos concretos, fuerzan la evidencia para incluir en el campesinado a un amplio espectro de pequeños productores agrarios, desde aquellos que se reproducen fundamentalmente vendiendo su fuerza de trabajo, y para los cuales la posesión de una parcela de tierra cultivada es sólo un complemento (semiproletarios), hasta burgueses que descansan el grueso de su producción en la contratación de obreros. En el medio, y en una constante tensión entre un polo y otro, se encuentra la pequeña burguesía agraria, que en lo fundamental no se diferencia de la urbana (y nada justifica utilizar entonces un concepto inapropiado y confuso, que a su vez porta un programa político problemático).

El campesinismo esconde una serie de ideas políticas que pueden llevar a los revolucionarios a un sinnúmero de estrategias equivocadas. Por un lado, la idea de que nos encontramos ante un país con un desarrollo capitalista trunco, con resabios precapitalistas y una revolución burguesa inconclusa. Por esa razón, la estrategia revolucionaria debería ser la construcción de una amplia alianza de proletarios, campesinos y burgueses nacionales para enfrentar la contradicción principal: nación-imperio (o sus variantes). Estas ideas nos han llevado más de una vez a la boca del lobo: desde el peronismo hasta el kirchnerismo, pasando por los coqueteos con la Federación Agraria. Existe una gran cantidad de ejemplos de partidos que sucumbieron a los encantos de proyectos “nacionales y populares”, abandonando el campo revolucionario. Del otro lado, tenemos planteos como el del MOCASE, que idolatran la miseria

de la pequeña propiedad y nos hacen creer que productores ineficientes nos llevaran al paraíso (¿qué es sino el “comercio justo?”), cuando para terminar con el hambre en el mundo necesitamos producir más alimentos y más baratos, es decir, desarrollar las fuerzas productivas concentrando el capital.

El libro que el lector tiene entre sus manos, más allá de este deslizado terminológico que en nada opaca un trabajo excelente, brinda elementos importantes para discutir todo lo que se esconde detrás de lo que se denominó “campesinado”. A su vez, recompone las tendencias estructurales que hicieron estallar la movilización: los procesos de concentración y centralización que expulsaron a las capas más débiles de la burguesía agraria del nordeste argentino hacia el proletariado. Es decir, la génesis de lo que vamos a encontrar hoy en estas provincias: semiproletarios o proletarios con medios de vida, a los que se interpela y se organiza como campesinos, llevándolos a luchar por entronizar su miseria (la pequeña propiedad), en lugar de sumarlos a la lucha del proletariado argentino, al cual pertenecen.

Del Cordobazo al golpe

La radicalidad de la lucha emprendida por las ligas no se explica solamente por los elementos estructurales que las estaban empujando al combate, sino también por determinaciones políticas generales. Estamos hablando del proceso revolucionario que se abrió en la Argentina hacia 1969 con el Cordobazo. Esta huelga insurreccional de masas, a la que siguieron otras, fue el inicio de un ciclo de lucha en el cual la clase obrera comenzó a intervenir en la esfera política como clase, es decir, con independencia de las estrategias planteadas por las distintas fracciones de la clase dominante. El proceso que llevó al Cordobazo se caracterizó por una serie de elementos que fueron el fermento del proceso que se abrió con él. Desde mediados de la década del '50 el capitalismo argentino

venía atravesando una crisis de acumulación. La renta agraria, que había servido hasta ese momento para sostener el desarrollo de una industria incapaz de competir por sus propios medios a nivel internacional, comenzó a mostrar sus límites para seguir sosteniendo el desarrollo de las fuerzas productivas en ese esquema. Es así que se abrió una “crisis por arriba”: se intensificaron las disputas interburguesas, y surgieron dos alianzas (o fuerzas sociales) con dirección burguesa que intentaron resolver la crisis. Una de ellas planteaba la necesidad de “sanear” la economía, es decir, eliminar el capital sobrante y las conquistas obreras obtenidas en décadas de luchas, para relanzar la acumulación sobre nuevas bases. La otra alianza, que unió a la burguesía más débil con el proletariado, proponía reeditar el reformismo peronista. La primera no pudo imponer su programa por la resistencia generada en quienes debían pagar los costos, pero la “alianza peronista” tampoco pudo hacerlo, porque insistió en reeditar el esquema causante de la crisis. Es así que en los 20 años que van de 1955 a 1976 se sucedieron regímenes políticos y gobiernos que no podían dar respuesta a la crisis, atacando sistemáticamente a su paso al proletariado y a la pequeña burguesía.

Así se gestaron las condiciones para la apertura de una crisis hegemónica. Los lazos ideológicos y políticos que ataban a los dominados a la burguesía, y que permitieron sostener la dominación mediante el consenso (la conformidad) de los explotados, comenzaron a romperse. El Cordobazo dio cuenta de un salto cualitativo en el desarrollo de la crisis. A partir de ese momento una parte de la clase obrera, en alianza con fracciones de la pequeña burguesía, comenzó a enfrentar al régimen en la lucha callejera, recurriendo a la acción directa y rebasando los marcos institucionales. Asistimos entonces a una crisis del reformismo en la conciencia de las masas y a la conformación de una fuerza social que por su acción se alejaba de las dos alianzas dirigidas por la burguesía, y que cuestionaba, en potencia, al conjunto de la dominación social. Que actuaba disputando el poder y la salida de la crisis con un programa confuso y

embrionario, pero de cuño propio. Era el fin del ciclo marcado por la “resistencia peronista”, en el que la clase actuó bajo la dirección de la burguesía reformista. Se crearon así las condiciones para el desarrollo del programa revolucionario que hiciera conciente y guiara la acción. La irrupción de esta tercera fuerza social, con características revolucionarias, disputando el poder social a la clase dominante, es la pauta de la apertura de proceso revolucionario. Es decir, de un proceso en el que la dominación ha sido puesta en cuestión.

Jaqueado por el ascenso de la lucha de clases, que asumía características revolucionarias, el gobierno militar se vio obligado a convocar a elecciones, pero esta vez debió permitir la presentación sin restricciones del peronismo. Buena parte de la burguesía apoyó esta salida, convencida de que sólo Perón podía reencausar la acción de las masas dentro de los marcos del sistema. El retorno de Perón generó un quiebre en la alianza revolucionaria, que vio partir a buena parte de sus miembros, seducidos por las ilusiones reformistas. Una vez en el poder, Perón se ocupó de intentar dismantelar lo que quedaba de la fuerza revolucionaria, mediante la acción represiva legal e ilegal, reforzando la burocracia sindical y limitando las luchas sindicales con el Pacto Social. Sin embargo, la situación no pudo sostenerse por mucho tiempo. Una nueva caída de la renta socavó las bases del Pacto Social. El intento de estabilización económica, que implicó una gigantesca expropiación de los trabajadores (el Rodrigazo), reactivó la lucha, en un proceso de movilización y organización que rebasó a la burocracia peronista (las Coordinadoras Interfabriles) y terminó abortando el plan. La reacción obrera fue la constatación de que las medidas necesarias para reestablecer la acumulación capitalista no podrían implementarse dentro de los marcos democráticos. Se necesitaba una intervención drástica, que disciplinara a la clase obrera y eliminara a su vanguardia. Comenzó a gestarse entonces el golpe de estado, que la burguesía impulsó y organizó junto al Partido Militar. Los golpistas iniciaron una acción de desgaste del gobierno peronista, con una

serie de “paros agrarios” y un lock out que sirvieron a su vez para ir encolumnando al conjunto de la burguesía detrás de este programa. El golpe militar se impuso finalmente el 24 de marzo de 1976, desatando una masacre apenas disimulada, que cerró el proceso con la derrota de las fuerzas revolucionarias.

¿Revolucionarias?

Evidentemente, el accionar de las ligas no puede explicarse fuera de este contexto. Sin embargo, cabe hacerse una pregunta: ¿Actuaban las Ligas Agrarias bajo la impronta de un programa revolucionario? Ferrara responde que sí. Las ligas habrían emprendido una lucha contra los “monopolios” comercializadores, contra el latifundio, mediante acciones radicales, expresando una lucha contra el imperialismo que los colocaba en el bando revolucionario. Roze, superando las impresiones “revolucionarias” que generaba el discurso elaborado por los dirigentes de las ligas, avanzó sobre sus demandas concretas. Nos encontramos aquí con reclamos hacia el Estado para que intervenga en el proceso de comercialización, limitando la acción de los “monopolios”, fijando precios y otorgando créditos, y, en el mejor de los casos, demandando el acceso a la tierra en aquellas regiones en donde las presiones hacia la expulsión eran más fuertes. En suma, reivindicaciones que difícilmente superen los marcos de un programa reformista.

Sin embargo, el recurso a la acción directa y su enfrentamiento al régimen los llevaba a confluir con el resto de las fracciones que, también en forma confusa, cuestionaban la dominación social. Es decir, que por lo menos entre 1970 y la reapertura democrática las ligas formaron parte de la alianza revolucionaria. Eran los componentes ideológicamente más débiles de esa fuerza, ya que sus planteos y sus reclamos podían encauzarse, como finalmente sucedió, al reestructurarse la alianza peronista. Compartieron esta característica con Montoneros (que como partido intervino en las ligas), cuyo

programa los terminó colocando como pilares de una democracia que asumía las tareas de la contrarrevolución. Así, el año '73 vio a las ligas alejarse de la fuerza revolucionaria para integrarse al régimen democrático. La profundización de la crisis hacia 1975, y la consiguiente polarización social, devolvió algunas de sus fracciones a la alianza revolucionaria (al igual que Montoneros). Sin embargo, no hubo un pasaje de conjunto al campo de la revolución. La composición social de estas organizaciones, con un peso importante de burguesía rural, expulsó algunos sectores hacia la derecha, a la alianza contrarrevolucionaria que impulsó el golpe. La vanguardia de la salida golpista la constituyeron diferentes capas de la burguesía rural, en particular la pampeana, que enfrentaron al régimen democrático en una serie de “paros agrarios”. Algunas fracciones de las ligas, en particular una división del MAM que nucleó a los sectores burgueses, confluyeron en estas acciones, impulsándolas en sus provincias con los mismos reclamos que CARBAP, Sociedad Rural y Federación Agraria.

Campesinos ayer y hoy

El libro que aquí presentamos es un excelente acercamiento al problema “campesino” en la Argentina. A lo largo de sus páginas podremos observar, en primer lugar, los límites del concepto para explicar la realidad. Las ligas agrarias expresaron una alianza de diferentes fracciones de clase en el agro del norte argentino: desde semiproletarios hasta burgueses medios, pasando por pequeña burguesía en vías de proletarización. Esta reconstrucción muestra entonces los límites de un concepto que abarca mucho y revela poco, sobre todo porque es incapaz de explicar los alineamientos, los límites de las demandas y las rupturas (por izquierda y derecha) cuando la crisis revolucionaria se profundizó. Da cuenta a su vez de las tendencias que hicieron que, si algo llamado campesinado existió alguna vez aquí, terminó desapareciendo. Es decir, muestra

la génesis de la situación actual en el nordeste argentino: un mar de semiproletarios y proletarios con tierra a los que se interpela y organiza, equivocadamente, como “campesinos”. Muestra también la historia de su organización, su lucha y su derrota: una excelente lección para la organización actual del proletariado rural en la región.

Para seguir...

Si le interesa profundizar acerca de los procesos de crisis y re-conversión de las economías agrarias extrapampeanas, encontrará un buen abordaje general en:

Barsky, Osvaldo y Jorge Gelman: *Historia del agro argentino*, Sudamericana, Buenos Aires, 2009.

Sobre la crisis algodonera puede ubicar en internet: Dal Pont, Silvina y María Soledad Ordoqui: “Caracterización económica de la provincia de Chaco” y Di Paola, María: “Expansión de la frontera agropecuaria”, ambos en *Apuntes Agroeconómicos*, Año 3, N° 4, Facultad de Agronomía, UBA, marzo de 2005.

Sobre las recurrentes crisis de la producción yerbatera puede leer: Magán, M.: “¿Regulación o crisis? La influencia de la Comisión Reguladora de la Yerba Mate en los ciclos yerbateros (1924-2002)”, en Balsa, Javier, Graciela Mateo y María Silvia Ospital: *Pasado y presente en el agro argentino*, Lumiere, Buenos Aires, 2008. Podrá encontrar una mirada más *cualitativa* sobre la crisis de la mano de la excelente pluma de Rodolfo Walsh, en el artículo “La Argentina ya no toma mate”, incluido en *El violento oficio de escribir. Obra periodística 1953-1977*, Planeta, Buenos Aires, 1998.

Sobre el proceso revolucionario abierto en 1969 puede consultar tres excelentes libros:

Marín, Juan Carlos: *Los hechos armados. Un ejercicio posible*, La Rosa Blindada/PICASSO, Buenos Aires, 2003.

Balvé, Beba y Beatriz Balvé: *El '69. Huelga política de masas*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2005.

Sartelli, Eduardo: *La Plaza es nuestra. El Argentinazo a la luz de la lucha de la clase obrera en la Argentina del siglo XX*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2007.

Sobre la ofensiva golpista de la burguesía agraria de 1975 y la intervención del MAM puede verse el artículo “Tiempos violentos. Los paros agrarios de 1975 y la estrategia golpista de la burguesía”, de mi autoría (*Anuario CEICS*, N° 3, 2009).

Para la discusión sobre el campesinado encontrará sin problemas abundante bibliografía. Más allá de ello, le recomendamos dos textos como para empezar. Por un lado, *La sal de la tierra. Clase obrera y lucha de clases en el agro pampeano (1870-1952)*, de Eduardo Sartelli (de próxima aparición por este sello editorial), con una discusión teórica sobre el problema, en la que el lector hallará a su vez más referencias bibliográficas para profundizar el tema. Recomendamos también un texto de Agustina Desalvo, “Campesinos no, obreros rurales. Caracterización social de 157 familias del departamento de Loreto, Santiago del Estero” (en *Razón y Revolución*, N° 21, 1er. Semestre de 2011), con una investigación empírica que ilumina la discusión sobre los “campesinos” del MOCASE.

Sobre las Ligas Agrarias recomendamos el ya citado texto de Ferrara, no tanto por su explicación, sino por la abundante recopilación de documentos. No recomendamos la edición más reciente (*Los de la tierra. De las ligas agrarias a los movimientos campesinos*, Tinta Limón, Buenos Aires, 2007), que avanza sobre los “movimientos campesinos” en la actualidad, por dos cuestiones: buena parte de los documentos de las ligas que enriquecían la primera edición han sido suprimidos, y, por otro lado, el autor ha girado a posiciones posmodernas con lo cual, casi todo lo “novedoso” en el libro carece de valor. Sí recomendamos los trabajos recientes de Guido Galafassi, entre ellos: “Rebelión en el campo. Las Ligas Agrarias de la región chaqueña y la discusión del modelo

dominante de desarrollo rural (1970-1976)” (en Lázaro, Silvia y Guido Galafassi: *Sujetos, política y representaciones del mundo rural. Argentina 1930-1975*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005), y “‘La larga marcha del campesinado hacia la revolución’. La visión clásica de Francisco Ferrara respecto a las ligas agrarias de los años ‘70”, que puede bajar de: [http://theomai.unq.edu.ar/Art_Galafassi_\(Visión_clasica_ligasAgrarias\).pdf](http://theomai.unq.edu.ar/Art_Galafassi_(Visión_clasica_ligasAgrarias).pdf)

Si quiere ver alguna peli, puede intentar con dos documentales sobre el tema que tienen algunos años: *El campo de pie* (1999), de Marcel Czombos, sobre las ligas en los '70 y, más reciente, *Yerba Mate: tierra, trabajo y justicia* (2007), de Diego Romero, sobre el Movimiento Agrario Misionero y su reconversión en cooperativa orientada hacia el “comercio justo”.

Por último, si le gustó este libro (y le interesa conocer algo más de la historia reciente del nordeste argentino), le recomendamos seguir con otros textos de su autor, en particular, los que mencionamos al principio.

Al lector

A fines de 1970 los colonos del Chaco, inician un proceso de movilización, que abarcará en una primera etapa a los productores de las cinco provincias del nordeste argentino, y luego se extenderá a ocho.

La emergencia de este sector -campesino o rural si pensamos solo en su inserción productiva- a la protesta social, que abarca el período 1969-1973, generó las más dispares hipótesis y caracterizaciones en aquellos, atentos al proceso político argentino.

Como todo proceso de enfrentamiento, su expresión es producto tanto de las condiciones objetivas que se manifiestan como reivindicaciones, como de la ilusiones de sus protagonistas; así todos los análisis devenidos o centrados en las expresiones de sus actores o en la de sus enemigos, generaron equívocos, cuyos resultados fueron las “derrotas inexplicables”, su rápida desaparición, sus fracturas, etc.

Este trabajo es un intento de encontrar explicación a este movimiento y a la organización que plasma, rompiendo el primer supuesto y punto de partida de todos los análisis anteriores: su unidad.

Así, a través de la composición de sus bases, sus direcciones, el marco político de los enfrentamientos, sus inserciones en definidos

marcos territoriales donde interactúan espectros distintos de clases, sus alianzas, sus enemigos, etc., tratamos de explicar cada uno de los pasos seguidos por cada uno de los movimientos.

La principal dificultad para su comprensión fue y sigue siendo la explicación del período de la historia argentina que abarca los años 1966-1976, donde se recorren, sintetizan y eclosionan los 20 anteriores años de lucha de clases y donde el enfrentamiento se realiza por todos los medios.

Este análisis, trata de echar luz sobre uno de los muchos puntos oscuros de esta corta historia: la movilización de las Ligas Agrarias, y sacar a ésta y sus organizaciones, de las trampas de la apariencia o de las brumas del olvido.

Introducción

Una vieja maldición devenida de la sabiduría china reza: “que te toque vivir épocas interesantes”. Este ambiguo deseo hacia una semejante, en apariencia inocente, justifica en profundidad su carácter malevolente.

Es interesante una época de imprevistos, de cambios, de pasajes sin transición, de pesadas calmas aparentes unidas al fúrrago de acciones que las abarca y sobrepasa.

Toda una generación de argentinos hace muchos años está viviendo épocas muy interesantes.

En forma permanente los sucesos van más rápido que el pensamiento, lo sorprenden y sobrepasan. Los hechos desbordan siempre las previsiones que se habían elaborado en una experiencia reciente.

Todo esto constituye el controvertido enfrentamiento de las clases en los marcos de una sociedad que resiste permanentemente las cada vez menos sutiles formas de dominación del imperialismo, y en cuyo seno, las clases dominantes encuentran cada vez menos fácil constituir su hegemonía.

De manera que la característica de la época es una emergencia constante de nuevos grupos sociales en la lucha política, la aparición de nuevas formas de enfrentamiento, tanto en el uso de los instrumentos como en la legitimación de todo tipo de medios.

En el campo que nos atañe, la detonante aparición de un gran sector de productores rurales -colonos y campesinos- en la arena de la lucha política, provocó las más diversas reacciones. Desde el supuesto que detrás de ello se perfilaba la “mano oculta del comunismo” al decir de una editorial del diario *La Prensa*,¹ hasta el inicio de la “larga marcha” del campesinado hacia la revolución, en no pocos análisis fundados más en expresiones de deseo que en una observación clara de la realidad que cada hecho encerraba.

De ese modo, una gran cantidad de fenómenos emergentes de la reciente coyuntura, no fueron sometidos a análisis sistemático y muchos de ellos han pasado a la literatura sociológica con los análisis de primera mano de las más distintas formas de periodismo, o a través del reciente fenómeno por parte de los políticos relevantes del período de plasmar en libros sus interpretaciones; o son ganados por distintas formas terapéuticas de olvido.

El análisis que desarrollamos en este trabajo consiste en tratar de iluminar la comprensión de una sucesión de enfrentamientos movilizadores por productores rurales de varias provincias de la Argentina, cuya característica es la de no pertenecer a regiones que cultivan los productos básicos de exportación que configuraron la estructura productiva del país.

El hecho al que hacemos referencia, conocido como: “Las Ligas Agrarias”, es un proceso que se inicia a fines de 1970 y prácticamente termina en marzo de 1976 con la destitución del gobierno de Isabel Perón. Consiste en una sucesión de movilizaciones de un espectro muy amplio de productores -desde campesinos minifundistas pauperizados hasta chacareros medianos- que se dan una organización, primero provincial, regional y finalmente nacional, bajo la denominación genérica de “Ligas Agrarias”, y agrupó en su conjunto a más de 20.000 familias y 54.000 jóvenes, según lo expresaran en 1973.

¹*La Prensa*, 27/02/72.

El trabajo más difundido acerca de este tema, es el libro de Francisco Ferrara *Qué son las Ligas Agrarias* aparecido a fines de 1973,² punto de apoyo de este movimiento.

El libro refleja en forma minuciosa el origen de cada una de las cinco ligas que desarrollaban su acción en la región del Nordeste argentino, a través de un relato donde se asientan las acciones, las consignas, los problemas generales de cada provincia y algunas definiciones ideológicas de los dirigentes liguistas. Acompaña el análisis de cada movimiento un apéndice documental recopilado por el autor.

Todo el relato de Ferrara está orientado a “retomar el análisis que permita valorar la importancia que estos movimientos poseen en el camino revolucionario argentino”³ y “suponen, además, la participación del autor en un organismo político colectivo que es el que le suministra la mayoría de los puntos de vista para el arranque.”⁴

A pesar de la positividad que puedan tener ambos factores, nada de ello justifica que se ponga el carro delante de los caballos, y que se trasladen las urgencias e ilusiones de un organismo político colectivo al análisis de una realidad concreta.

En Ferrara, el análisis de cada una de las ligas, está destinado a demostrar la homogeneidad ideológica de acción a través de sus similitudes, a pesar de tratarse de grupos diferentes de productores. A lo largo del libro, se acentúan los enunciados que establecen dichas similitudes, como las acciones y enfrentamientos con las distintas instancias de gobierno (provincial y nacional), y la hipótesis básica es la búsqueda del germen de la conformación de una organización que lideraría al conjunto del campesinado más pobre “lanzados definitivamente hacia el combate revolucionario.”⁵

²Ferrara, F.: *Qué son las Ligas Agrarias. Historia y Documentos de las organizaciones campesinas del Nordeste Argentino*, Siglo XXI editores, Buenos Aires, 1973.

³Ibid, p. 8.

⁴Ibid, p. 10.

⁵Ferrara, op. cit., p. 478.

Si bien este aspecto aparente adquiere singular peso en el período en que Ferrara hace su análisis, cualquier aproximación sin prejuicio al marco general de sus alianzas y sus enemigos, más allá de las palabras, permitía observar que se trataban de procesos diferentes.

En lo que respecta a nuestro trabajo, es obvia la ventaja de un estudio de los hechos cuando en forma definitiva concluye el período que enmarcó su existencia, respecto del que se realiza al calor de los acontecimientos.

Las consideraciones que hemos hecho sobre el libro al que hacemos referencia, no guardan simplemente valor polémico, sino que queremos marcar, precisamente que las conclusiones que hemos extraído al analizar cada una de las ligas, aparecen exactamente como invertidas a las del estudio de Ferrara.

El factor sobresaliente de este movimiento, es precisamente el carácter heterogéneo con que se manifiesta en cada provincia, condicionado precisamente por las estructuras de clases en el interior de las cuales se desenvuelven los productores asociados a las ligas.

La posibilidad de analizar el proceso completo, nos permitió establecer una periodicidad, en la que su acción aparecía condicionada por los desplazamientos políticos operados en el poder del Estado, y en sus relaciones con dicho poder.

Coincidentemente, el estudio de Ferrara cubre solamente el primer período.

Por tanto, nuestro análisis es el de una particular coyuntura que articula la explicación del acontecimiento (la emergencia liguista), su acción y organización de los campesinos, siendo el acontecimiento el hilo conductor que busca su sentido en las relaciones entre clases y su articulación con el poder (local y central) en cada uno de los momentos que caracterizan la acción de esos actores sociales colectivos. Su carácter de hecho terminado en parte, lo convierten en historia reciente.